

PRÓLOGO

Este libro no quiere ser una sentencia popular, ni un juicio resolutorio que niegue de forma concluyente la existencia de Dios. Solo razona, que muchos millones de seres humanos han sido y están siendo masacrados, explotados o manipulados por otros prójimos criminales, tiránicos, hipócritas o parásitos sociales, con el beneplácito de Dios, si es verdad que existe.

Tampoco, y bajo ningún concepto, los personajes del libro pretenden ofender o injuriar a ningún creyente de cualquier credo o religión. Solo hacen uso de los textos bíblicos, doctrinales e históricos, y por supuesto, de su razón y libertad de expresión como seres humanos, para llegar a la rotunda conclusión de afirmar que Dios no existe; después de haber dedicado más de medio siglo de sus vidas a reverenciarlo, pasando por las diferentes situaciones que se pueden originar entre los extremos fijados por la devoción fanática y el ateísmo radical.

El lector culto y justo, sabrá respetar, considerar y valorar las conclusiones a las que han llegado los referidos protagonistas, haciéndoles perder la fe en cualquier Ser sobrenatural y también en las enseñanzas, dogmas y preceptos de las religiones monoteístas y politeístas, incluidas las prácticas de brujería de los miles de hechiceros que pululan por el mundo.

Las mismas consideraciones se deben tener en cuenta al analizar las valoraciones que los actores del texto hacen de las ideologías políticas, de los políticos corruptos y traidores, de los gobiernos felones, de los execrables poderes fácticos, de las infanticidas prácticas abortivas, etc. Y todo eso, como consecuencia de la gran preocupación que sienten por la enfermedad letal que padece nuestra sociedad universal.

Y por último, si después de reflexionar sobre tantas tragedias humanas individuales y colectivas, decididas, consentidas, dirigidas y observadas por el Ser Supremo con poder para evitarlas, los protagonistas de este texto concluyen con la contundente negación de la existencia de Dios, después de haberlo venerado durante más de cincuenta años, ¿Por qué, no concederles la gracia de que puedan imaginar y nos presenten su mundo ideal?

EL AUTOR

UN DEVOTO MUY FANÁTICO

Un día de un duro invierno y a mediados del siglo XX, en una aldea de un pueblo de historia milenaria situado en el extremo sur del viejo continente, nació un niño al que sus padres bautizaron con el nombre de Leunam y dos o tres sustantivos más, por exigencias eclesiásticas.

El niño con varios nombres nació en el seno de una de las miles y miles de familias subyugadas que integraban la gran masa de la injusta pirámide social de la época, integrada mayoritariamente por gentes campesinas, ignorantes y embrutecidas.

Por esta causa, Leunam también sufrió en carne propia los efectos del látigo esclavista, cuyo chasquido resonaba de forma continua sobre las cabezas de los siervos y esclavos que formaban el grueso de la clase trabajadora de una abusiva y cruel sociedad, controlada por explotadores con almas de negreros metidas en cuerpos cubiertos por valiosas telas y adornados con joyas de piedras preciosas engarzadas con filigranas de ricos metales.

El nacimiento de Leunam hizo peligrar la vida de su madre, quizás porque se resistía tozudamente a formar parte de éste mundo tan corrompido. Por eso, aquella noche, Aída, la bruja o comadronea de la aldea, esperó al cambio de la luna, y al comprobar que el niño se resistía a ver la lúgubre luz del candil de aceite que iluminaba el ambiente,

tomó la decisión de introducir parte de sus largos, sucios y piojosos cabellos en la boca de la parturienta, provocándole tales arcadas y convulsiones de asco, que a los pocos minutos, el bebé fue expulsado de su especial paraíso a un mundo endemoniado, donde le esperaban su padre, sus dos abuelas, una tía, y por supuesto, su madre. Y así, inició su integración en la inhumana y embrutecida sociedad clasista de terratenientes y siervos, a los que desgraciadamente pertenecían sus padres, abuelos y demás familia.

Leunam vivió sus primeros ocho o nueve años en un ambiente de pobreza extrema, pero sin pasar hambre, puesto que la leche de cabra, las patatas, los garbanzos, las lentejas, las alubias, el aceite de aceituna y la harina, casi siempre estaban presentes en la ruda y aislada casa donde toda la familia convivía con los animales de labranza, de pastoreo y de corral; todo ello perteneciente al latifundista y dueño de los destinos de sus siervos.

Sus juegos favoritos y también los de sus hermanos más pequeños, estaban ligados a todos los animales con los que convivían en casa, incluidos los gatos y los perros; y por supuesto, tampoco se libraban algunos de los animales salvajes que habitaban los campos y las montañas que frecuentaban durante el día. Aunque los que les proporcionaban grandes entretenimientos eran los múltiples insectos que atrapaban para hacer curiosas colecciones o supuestas operaciones quirúrgicas.

También formaban parte de su pasatiempo durante algunos días de la semana, el duro trabajo que tenían que realizar a pesar de su corta edad, limpiando las cuadras, los gallineros y los corrales; así, como la participación activa en los trabajos de las diversas recolecciones agrarias de la explotación agrícola y ganadera a la que pertenecían por necesidades de subsistencia.

Ni él, ni tampoco sus hermanos, sabían lo que era un libro, por consiguiente, ni sabían leer, ni escribir. El aprendizaje de la lectura, la escritura y el dominio de las cuatro reglas llegaría más tarde. En principio,

los padres y abuelos consideraron inaplazable que Leunam iniciara estudios básicos en la escuela pública del pueblo donde vivían sus abuelos maternos en una casucha de dimensiones reducidas, ubicada en una barriada popular en la que se respiraba un ambiente menos atrasado y embrutecido que el que había en el caserío o pedanía donde vivía.

Al cabo de cinco años, Leunam había superado sus estudios básicos y secundarios, y también tenía decidido no entrar en el seminario sacerdotal o diocesano, provocándole una gran desilusión y disgusto a su religiosa abuela, que tanto interés había puesto para que antes de morir pudiera asistir a la primera misa oficiada por su querido nieto; porque, lo que más anhelaba en este mundo, era verlo ordenado sacerdote de la Iglesia Católica, apostólica y romana.

Al final, la devota abuela se marchó del gran teatro de la vida sin haber podido dejar al servicio del Altísimo a su nieto más querido. Aunque, ella murió convencida de que había participado muy activa en la sólida formación religiosa que observaba en el comportamiento de su nieto, sin dejar de reconocer las enseñanzas de los maestros de la etapa primaria y la activa e incisiva influencia del cura y, del sacristán de la iglesia parroquial a la que pertenecían.

Leunam a sus catorce años era un adolescente impulsivo, activo, amante de los libros, de la pintura, de los idiomas y de los ejercicios físicos; no era muy corpulento, pero sí tenía una buena estatura para un chico de su edad. Aparte de las referidas cualidades y aficiones, sobre todo era un devoto muy fanático que creía en Dios como principio y fin de todas las cosas y, en todas las enseñanzas predicadas por los sacerdotes de la Santa Madre la Iglesia.

Cada día por la mañana y también por la tarde, visitaba alguna de las varias iglesias que había en el pueblo, para tratar de comunicarse con Dios, con las vírgenes y con todos los santos que en las mismas se veneraban. Por supuesto, que cada domingo y todos los días festivos celebrados por la Iglesia católica, asistía a misa y recibía la comunión.